

BIRTHDAY



MEREDITH RUSSO

BIRTHDAY



Adaptación del diseño original de Usborne: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: Gabriel San Roman
Fotografía de la autora: © Anthony Travis

Título original: Birthday

© 2019, Meredith Russo

Publicado por acuerdo con Rights People, Londres.



alloyentertainment

Producido por Alloy Entertainment, LLC.

Traducido por Sylvia Elena Rodríguez Valenzuela

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6478-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2020
ISBN: 978-607-07-6477-6

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

TRECE

MORGAN

Sostengo la respiración, flotando entre rayos de sol y un azul profundo y oscuro. Braceo mientras pataleo hacia arriba y hacia abajo, lento como olas. Aún no soy capaz de regresar a la superficie; hay demasiado esperándome allá arriba. Pero sé que no puedo quedarme flotando para siempre. La vida constantemente te obliga a moverte, de una forma u otra, ya sea para que irrumpas en la luz del sol o nades hacia el fondo.

Pronto, la presión en el pecho es insoportable. Junto los brazos a los costados de mi cuerpo y serpenteo para salir del agua, como lo haría una sirena.

—¡Un minuto y medio! —grita Eric mientras me arroja agua de la emoción. Apenas alcanzo a ver su sonrisa al tiempo que me limpio el agua de los ojos.

—¡Te lo dije! —Ahora puedo verlo con claridad. Es pequeño, unos centímetros más bajo que yo, sus ojos verdes son rápidos e inteligentes, tiene el pelo rubio hasta los hombros y un rostro angular y alargado que baja en picada hacia la punta de su barbilla—. ¿Todavía quieres intentarlo o te rindes?

—¡Nunca! —contesta Eric. Toma tanto aire como puede, se tapa la nariz y desaparece bajo el agua.

Me concentro en contar los segundos; todavía siento el mareo, a pesar de haber recuperado el aliento. Me retumba el corazón. Se lo diré en cuanto vuelva a la superficie. «Diez segundos». Le diré que yo debería ser una niña, que ya no tolero ser un niño, que siento que cada día me muero un poquito más. «Veinte segundos».

Una chica de bikini rojo, unos años mayor que yo, camina por la piscina hacia alguna parte alejada del parque acuático. Me descubro observando su cuerpo: la silueta que dibuja y la manera en que se mueve. Me doy cuenta de que tengo los antebrazos sobre el pecho y los bajo. No hay nada que ocultar.

«Treinta segundos». Los padres de Eric y mi papá saludan desde una mesa cercana y yo los saludo de regreso. Le voy a decir a Eric y, si lo toma bien, le diré a papá. No es que no quiera. Tengo pesadillas en donde las cosas con Eric se vuelven raras o en donde añado más estrés a la vida de papá después de todo lo que ha pasado, pero últimamente siento que voy a explotar. He intentado aguantarme. Cada día me siento más alejado de la realidad, como si fuera un monstruo; cada día tengo más miedo de mirarme al espejo y verme como un hombre alto y peludo sin posibilidad de volver atrás.

He estado pensando en las cosas que me asustan, como ya no querer vivir; necesito ayuda. Quizá esa ayuda sea la de mi mejor amigo, se puede sentar a mi lado, dejarme hablar y decirme que lo que me pasa es normal, que él siente lo mismo, que es parte de crecer y que lo superaremos juntos. Quizá la ayuda venga de papá, me puede conseguir alguien con quién hablar, como un psicólogo o algo así.

No sé, pero sea lo que sea, tiene que suceder pronto. Tengo trece años y empiezo a sentir que los terrores de la pubertad se acercan.

«Cuarenta segundos». Pero ¿cómo cuentas un secreto como este? ¿Qué palabras utilizas?

«Cincuenta segundos». Eric emerge de nuevo, salpicando y moviendo los brazos.

—¿Cómo me fue? —pregunta con dificultad.

—Muy mal —digo. Intenta arrojarme agua, aunque sin sus lentes es prácticamente ciego, y yo me río.

—¿Cuánto tiempo aguanté?

—Menos de un minuto —respondo y le aviento agua también.

—Da igual. —Eric pone los ojos en blanco—. No todos tenemos tus dones naturales.

—Corro todas las mañanas —canturreo. Tenía la esperanza de que el ejercicio dejara de ser parte de mi vida al salir de la liga juvenil de fútbol americano, pero cuando tu papá es entrenador y profesor de educación física, resulta que no tienes opción—. Esfuérzate como yo y serás igual de bueno, novato. —Me quedo flotando bocarriba, cierro los ojos mientras el sol me calienta la cara y el estómago. Inhalo profundo. Es más fácil imaginarme diciéndole algo cuando no puedo verlo—. Oye, Eric...

—¿Sí?

—Si te cuento algo, ¿prometes no decirle a nadie?

—Amigo —responde, con tono casi ofendido—, ni siquiera tienes que pedírmelo.

—Okey. —Abro la boca para contarle. Mi corazón se acelera. Volteo y miro a mi mejor amigo, a la persona que conozco desde el día en que nací; me está observando con ojos curiosos y muy abiertos. Ver que se queda así por

mucho tiempo me provoca un desagradable nudo en el estómago; trago saliva y de nuevo dirijo la vista al cielo.

Si mi vida fuera una película, los personajes siempre sabrían qué decir y todas las partes aburridas, asquerosas y vergonzosas desaparecerían en un parpadeo. Indiana Jones nunca tendría esta conversación; Godzilla no tenía género, solo se dedicaba a pisar autos y a hacer explotar edificios con fuego nuclear. Qué linda vida.

—¿Entonces? —dice Eric. Vuelve a zambullirse y después sale, parpadeando para secarse los ojos. Luego se quita el cabello de la cara y se lo acomoda. Aprieto el estómago. Me hundo y el agua me cubre hasta la nariz—. ¿Qué me vas a contar?

Hago burbujas y desvío la mirada. Él se acerca y sumerge la cabeza; puedo verlo, tan sonriente y tan guapo (cállate, cállate, cállate, cállate). Cuando me mira, la sonrisa le cambia solo un poco, como si de pronto estuviera confundido y frustrado.

—Creo que debí ser niña —digo bajo el agua; la frase se distorsiona. ¿Habrá entendido?

Pone los ojos en blanco.

—Está bien. No me digas, raro.

No escuchó. Siento que voy a vomitar.

«Raro».

Eric se aleja nadando, sale por el borde de la piscina y se pone de pie para verme desde arriba mientras lentamente hago lo mismo.

Nuestros padres nos llaman y ahora me imagino diciéndolo: «En realidad soy una niña». Suena ridículo. Suena rarísimo.

Corremos hacia donde están nuestros padres; nuestras huellas húmedas se borran enseguida del piso caliente.

Carson, el padre de Eric, lleva una camiseta que dice: BIG KAHUNA y un traje de baño largo y negro. Luce imponente: mide más de un metro ochenta, tiene el mismo cabello rubio que Eric, aunque corto, y sus ojos verdes siempre se ven enojados. Antes me quería, cuando todavía jugaba fútbol. Hasta llegué a considerarlo un tío. Pero desde que dejé de jugar, apenas me dirige la palabra, incluso cuando duermo en su casa. En cambio, siempre he pensado que la mamá de Eric, Jenny, parece la clásica estrella de una película en blanco y negro. Hace que me sienta aceptado en su casa y se asegura de darme comida casera cuando los visito.

Mi papá, enorme y con su bronceado dispar de tanto correr en el campo de fútbol, me lanza una sonrisa cansada y vuelve a encorvarse en su silla. Nuestros padres se conocen desde que Eric y yo nacimos. Se conocieron en el hospital, todos estaban atrapados en una tormenta de nieve, la única que Tennessee ha tenido en septiembre, al parecer. Durante esos días otoñales Eric y yo llegamos al mundo; nuestros padres, nuestras familias, se hicieron amigos de por vida.

Desde entonces hacemos todo juntos. Pasamos de compartir un cumpleaños a compartirlo todo. Por mucho tiempo nuestras familias se llevaban mejor entre ellos que con nuestros tíos, tías y primos.

Luego mamá murió y poco tiempo después dejé el equipo de fútbol.

Al menos seguimos celebrando nuestros cumpleaños juntos.

—¿Están listos para el almuerzo, niños? —pregunta Jenny. Levanta sus lentes redondos y oscuros y sonrío.

Me estremece su uso tan casual de la palabra *niños*, pero intento que nadie se dé cuenta.

No siempre fue así; antes solo me provocaba un leve dolor, como cuando te tocas un moretón, una ligera confusión cuando en la escuela nos dividían entre niños y niñas. Pero este último año se ha vuelto insoportable. Quizá debí decir algo antes, recuerdo vagamente querer decir algo antes, pero sí me gustaba el fútbol y sabía instintivamente qué clase de personas no podían jugarlo: las niñas y los maricas. No quería dejar algo que me gustaba pero tampoco que se burlaran de mí. En ese entonces ignorar mi confusión era más fácil, pero con el tiempo se ha convertido en algo como salido de una caricatura, cuando un personaje tapa una fuga con el dedo y aparecen dos más. Creo que es cuestión de tiempo para que la presa me explote en la cara.

—Todavía no —le contesta Eric a su madre mientras se exprime el pelo—. Quiero ir al Vortex.

Nuestro pastel blanco y azul descansa en el centro de la mesa. Tiene escrito con betún rojo: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, NIÑOS! Así que, aunque no fuera de esos pasteles de supermercado que saben a basura comparados con los de mamá, nunca me lo comería. Asiento junto a Eric e intento parecer emocionado con lo del Vortex.

—Okey —dice papá, mientras comienza a ponerse de pie—. Voy con ustedes.

—Oye, oye, Tyler. Ya tienen trece años —interviene Carson, quien se recarga en su silla y le da un trago a su Coca-Cola—. Tal vez sea hora de soltar un poco las riendas.

—Creo que tienes razón —afirma papá mientras se rasca la mejilla. Me mira con una expresión como preguntando: «¿Estás bien?».

Papá solía dejarme correr como demente, decía que era bueno que los chicos se rasparan las rodillas. Pero luego mamá se enfermó y después se enfermó aún más; hasta

que hace un año se fue. Desde entonces, parece que papá siempre está en el campo de fútbol o poniéndome una correa al cuello. Es como si ambos estuviéramos intentando mantenernos a flote, pero sin saber cómo actuar ahora que ella ya no está.

Dejo que el pelo me cubra la cara. Siempre es más fácil mirar al mundo a través de una cortina de pelo. Me doy la vuelta y, con los ojos fijos en Eric, ambos trotamos desde la piscina hacia el camino principal y nos acercamos al sombrío Vortex.

—¿Estás bien? —pregunta Eric cuando nos unimos a la fila y comenzamos a subir las escaleras de herrería.

—Estoy bien.

Tengo que contarle. *Tengo* que contarle.

—¿Es por tu miedo a las alturas?

Miro a nuestro alrededor, ya casi estamos en la parte más alta. Llega una brisa que despeina a Eric. Un grupo de estorninos flota sobre el parque, como un banco de peces.

—No le tengo miedo a las alturas —aclaro y pongo los ojos en blanco—. No le tengo miedo a nada.

Qué mentira.

—Entonces ¿por qué estás tan raro?

—No estoy raro —repongo. Bajo la mirada y aprecio la vista vertiginosa entre el metal de la escalera.

Eric me mira como si no me creyera, pero antes de que pueda decir otra cosa, llegamos a la cima de la plataforma y nos enfrentamos a la boca abierta y oscura del tobogán. Un encargado nos guía a una balsa pequeña, amarilla e inflable, nos dice que nos sujetemos de las agarraderas, que no nos pongamos de pie, que no abandonemos la balsa y que no hagamos ninguna de las tonterías que, al parecer, suelen hacer los adolescentes, lo que me recuerda por

millonésima vez que soy *un* adolescente. Es oficial. Quiero vomitar.

—¿Listos? —pregunta el encargado.

Asiento. Eric levanta los brazos y grita.

El encargado se ríe, empuja la balsa con el pie y de repente estamos gritando, envueltos en la oscuridad. La balsa se mece por el tobogán, se sube tanto a las paredes que se siente como si fuéramos a salir volando en cualquier momento. Eric se ríe como loco y se protege la cara con los brazos cuando nos cae agua. Yo también me río. La emoción se acumula cada vez más y eclipsa las demás emociones, hasta que al final logro gritar en la oscuridad:

—¡Eric! ¡Quiero ser niña!

—¡Está bien! —grita él.

¿Está bien? Está bien. Dijo que está bien.

Dejo que mi cuerpo ría, que la risa salga como veneno de una herida y, de repente, me siento ligero. Aparece un círculo de luz, al principio cegador, que se expande a la velocidad del sonido, después nos cubre la luz del sol y caemos por fin en la piscina, dando vueltas aún sobre la balsa.

Salgo primero. Nado un poco en mi lugar, ignorando el agua que corre, a los niños que gritan y la música a todo volumen de las bocinas del parque acuático. «Se lo dije. Se lo dije. Y todo está bien».

Eric sale un momento después, agitado y tomando aire; los ojos se le esconden detrás de una cortina de cabello rizado y mojado. Lo tomo del brazo y lo jalo a la parte baja de la piscina, chapoteando y riéndome a la vez.

—¡Estuvo genial!

—¡Increíble! —exclamo, levantando los brazos.

Está bien. Está bien. Dijo: «Está bien».

—¿Qué me dijiste allá adentro? —me pregunta, sin aliento—. No pude oír.

—Ah —balbuceo y mi estómago se encoge.

No me escuchó. No lo sabe.

Tuve una visión mientras caía por el tobogán o, mejor dicho, un conjunto de visiones que competían entre sí, todas paradisiacas: Eric me decía que yo era normal, me decía que no era normal pero que me entendía y que aun así me seguiría hablando, que guardaría mi secreto y, a la distancia, pero brillante, cálida y dorada, una visión en la que soy una chica y camino feliz junto a él para ir a la escuela, como si fuera lo más normal del mundo. Las visiones desaparecen como olas de calor sobre el pavimento.

Mi estómago continúa encogiéndose, pero no tiene caso intentar detenerlo.

Salgo de la piscina lentamente. Todo me da vueltas. Corro al bote de basura más cercano, recargo las manos en los bordes y vomito.